

¿CUÁL ES EL ORIGEN DEL NOMBRE REAL DE CATORCE?

Al momento de la fundación del Real, en el año de 1779, todas las zonas mineras de México pertenecían al rey de España. Por eso se denominaban reales o sea de propiedad del rey, al que había que aportar la quinta parte de las riquezas extraídas.

El apellido Catorce es misterioso y de incierta procedencia. En su libro “Real de Catorce” el ilustre y reconocido historiador Rafael Montejano y Aguiñaga, nos relata tres distintas leyendas sobre su origen.

“La auténtica realidad del descubrimiento de las minas de Catorce se esfuma entre las brumas caliginosas de la leyenda. Aun el nombre mismo –Catorce o Los Catorce, como sea- es más engendro de la fábula que de la historia. La palabra, típicamente castiza, no responde fehacientemente ni a ninguna propiedad o característica del lugar, ni a ningún hecho real y comprobado, ni a ningún impulso devoto. Tal nombre responde, y nada más, a lo que se dice.

Se dice, según unos, que donde hoy es Los Catorce, abajo del Real, tenía su tenebroso aposentamiento y cuartel una malfamada gavilla de salteadores de camino real, de esas que salían a asaltar las conductas de plata que acarreaban de los minerales de Iguana, San Nicolás de Croix y Santa Rosa, de la jurisdicción de la Nueva Vizcaya. Estos tales, para la mejor y más eficaz comisión de sus delitos, estaban divididos en tres cuadrillas: de la una, era capitán Gregorio Paredes; de la otra, Nicolás Torres, alias, Paloma Pinta; de la última, Manuel Yera, y protegía con las noticias de la pasada de la conducta al indio Rafael Rodríguez. Mientras las dos primeras tenían su guarida en Los Catorce, la tercera radicaba en Vigas. Como las tres cuadrillas no eran más que una sola y única gavilla y todos estos malandrines sumaban catorce, por eso el nombre.

Se dice, según otros, que los últimos indios bárbaros e insumisos, renuentes y tercios a hacerse a la fe y a las costumbres cristianas, tomaron la Sierra como suya. De vez en cuando, de tan alto y frío refugio, bajaban a acometer demasías en lo llano. A tanto llegó la osadía de éstos, que por fuerza el gobernador del Nuevo Reino de León, a quien tocaba ejercer autoridad sobre estas tierras y de continuo pleito con el alcalde de Charcas que también alegaba jurisdicción, envió a un grupo de expedicionarios a poner de paz a los insumisos “con amor y otras amenazas”. Mal llegaron los milicianos a las lindes de la Sierra, cuando los bárbaros dieron sobre ellos y les arrancaron, como tan linda y prestamente

sabían hacerlo, las vidas y el cuero cabelludo. Como según este otro decir, los dichos expedicionarios acababan exactamente el número de catorce, de ahí el nombre.

Se dice, según otros más, que ciertos caminantes salidos de lejanas tierras, extraviado el camino, no alcanzaron a completar la jornada en donde lo tenían previsto. La noche les detuvo los pasos y los forzó a hacer tienda en el sitio donde está la veta más antigua. Allí, dispuestos a reparar cansancios, pararon una lumbre para recalentar sus bastimentos y para tener a raya el frío y las fieras. Dios amaneciendo, cuando recogían sus avíos para emprender la nueva jornada, vieron con mirar de sorpresa que entre los tizones consumidos relucía un tejo de plata fundido por el fuego nocturnal. Catorce, ni uno más ni uno menos, eran los fatigados viandantes, de donde el nombre.

Así, pues, todo es leyenda. Se ignora el por qué del apelativo. Lo que se dice, son decires. Nada más.”